



Somos personas en crecimiento constante

Ser persona según la Acción Católica

Jesús Moreno Led, Consiliario General

“Todo ello (lo visto hasta ahora) teniendo en cuenta que el ser humano se va desarrollando como persona en la medida en que, abierto a la gracia y en fidelidad a Cristo y a su Iglesia, va desarrollando todo el conjunto de posibilidades y potencialidades que tiene. Estas potencialidades se refieren a su capacidad de conocimiento, afectividad y acción” (LA FORMACIÓN EN LA ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA)

La vida da paso a la Vida. Es nuestra fe cristiana. Hasta que no llega ese paso, nuestra tarea como personas es seguir creciendo. En cualquier edad, en todo tiempo. Dejar de crecer es vivir en la muerte, no como paso a la Vida, sino como estancamiento en la imperfección, como sometimiento a la rutina.

Esta condición humana es extensible a nuestra condición cristiana. También estamos llamados a crecer en la experiencia interior y en el compromiso de la fe. Dios es siempre el inabarcable, el nunca poseído totalmente. La fe, como acceso y confianza en Él, es, por eso mismo, un camino que progresa, que crece. No puede ser de otra manera, si es que queremos avanzar en la experiencia de Dios, en nuestra conversión y en nuestra entrega al Reino de Dios.

1. Nuestro crecimiento humano

La verdad es no podemos separar el crecimiento humano y el cristiano en cada uno de nosotros y en nuestros grupos de militantes. No tenemos dos vidas paralelas. Lo humano y lo cristiano constituyen en nosotros una sola persona. La fe cristiana creciendo hace más completa nuestra personalidad. La realización progresiva de nuestro ser persona hace que nuestra fe sea más auténtica y madura.

El crecimiento como personas es posible y necesario. Posible porque todos tenemos capacidades naturales que podemos desarrollar; no somos seres amorfos y vacíos. Y otras que podemos adquirir. Además es necesario si no queremos fracasar como

personas y no sentirnos a disgusto con nosotros mismos. El mayor pecado que podemos cometer contra los demás, por eso mismo, es no desarrollar nuestras capacidades y no dejar que los demás desarrollen las suyas. Aquí radica también la injusticia social. Quitar a los otros (personas, pueblos, regiones) los medios para alcanzar su dignidad personal. Medios materiales, culturales, económicos, políticos, religiosos. Lo grave es que así lo hace nuestra sociedad y cada uno de nosotros en y con ella.

- *Como seres humanos podemos y debemos crecer en CONOCIMIENTO.* No sólo en conocimientos, aunque también. Pero éstos no son los que nos hacen más personas de una manera total. Los conocimientos pueden ser simplemente un lustre que esconde una personalidad inmadura, desequilibrada, con lagunas serias. Aunque, correctamente asimilados, son elemento que ayuda a crecer como personas. La ignorancia nunca es buena para nadie.

Creer en conocimiento es más amplio y más enriquecedor. Es, en un primer momento, ir haciéndose capaz de pensar por uno mismo. Tener criterios bien formados y contrastados. Por eso, a los dueños de este mundo no les interesa que desarrollemos esta capacidad. Más bien, todo lo contrario. ¿Por qué, por ejemplo, la televisión, que es un instrumento de poder, baja la calidad de sus programas hasta límites vergonzosos e insultantes para la dignidad humana y convierte a personajes superficiales en “maestros” de opinión sobre todo lo divino y humano? La capacidad de pensar nos distingue de los animales, aunque a veces queramos imitarlos en sus aspectos más bajos. Que también los tienen muy nobles.

Pensar nos lleva a relacionar las cosas y los acontecimientos. Para descubrir las relaciones causa-efecto entre unas cosas y otras. Para no comulgar con ruedas de molino. Para no confundir las razones que nos dan con las verdaderas causas que originan los hechos. Para no creer, por ejemplo, que la pobreza de unos países es fruto de la pobreza de la tierra, de la alta natalidad, de la pereza de sus habitantes y no del olvido y de la explotación a que los sometemos los países enriquecidos.

En definitiva se trata de desarrollar nuestra capacidad racional. Usar nuestra mente, nuestro entendimiento para reflexionar con seriedad los problemas y los hechos que nos rodean. Y así no creer, otro ejemplo, que los embarazos de adolescentes o el sida se cortan de raíz con el uso indiscriminado del preservativo y no, especialmente, con una buena educación sexual y con unos criterios que no reduzcan la sexualidad a una simple pulsión corporal a la que hay que someterse sin más.

- *Desarrollar la propia persona es crecer en AFECTIVIDAD.* Somos capaces, como seres humanos, de valorar lo que nos rodea y necesitamos no primero ni exclusivamente por el bien material que nos proporciona. Nuestro ser humano pide, sobre todo, valorar las cosas por el bien integral, material y espiritual, que nos aportan. Nuestra estima de las cosas debe tener unos criterios que persigan el bien total de la persona y de la sociedad: amor, paz, no violencia, libertad gozosa y constructiva, solidaridad, alegría profunda. Somos seres de sentimientos. Cultivarlos en nosotros y respetarlos en los demás es un criterio fundamental. Tan fundamental como que en los sentimientos expresados y vividos con intensidad encontramos un camino de felicidad y de bien-estar con nosotros y con los demás.

Es un error de imprevisibles consecuencias pensar que expresar sentimientos es señal de debilidad o de inmadurez afectiva. Llorar, reír, agradecer, dolerse, manifestar amor, comprender, ponernos en el lugar del otro, valorar lo sencillo, apreciar a los demás, estimarnos a nosotros mismos, perdonar y aceptar el perdón, animar... son sentimientos a expresar para que la vida no sea un desierto.

- *El mundo está en nuestras manos.* No todo el mundo, claro. En unas manos más que en otras, también es verdad. No obstante, cada uno tenemos un lugar en el que

actuar, una realidad positiva que potenciar, un problema en cuya solución podemos colaborar. Y un medio a emplear: LA ACCIÓN. Podemos actuar. Es nuestra capacidad. Debemos activarla para que algo pueda ir a mejor. Crecer en el compromiso, en la acción nos convierte en seres positivos para los demás. Ninguno somos inútiles. En la medida en que avancemos personalmente y en el grupo en la acción transformadora de la realidad, nos iremos construyendo como personas razonablemente humanas. Sólo así seremos personas en crecimiento constante.

2. “La gracia de dios no ha sido estéril en mí” (1 Cor 15,10).

Todo lo dicho hasta aquí no sólo es válido para el cristiano, sino que debe suponerse. No para olvidarlo como innecesario, sino para retenerlo como condición indispensable y como objetivo inseparable del crecimiento en la fe. Ya lo he indicado más arriba. Lo humano y lo cristiano de cada uno de nosotros constituyen una sola persona sin divisiones. La fe no destruye la naturaleza, la perfecciona.

- El objetivo propuesto a nuestra fe es impresionante: llegar “a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta que alcancemos en plenitud la talla de Cristo” (Ef 4,13). Ahí es nada: “¡la talla de Cristo!”. Un chiste malo para descansar del susto: como no sabemos la estatura de Cristo, debe referirse a otra clase de talla. Por lo tanto, tranquilicémonos: si somos pequeños, no tenemos que hacer estiramientos torturadores; si somos altos, no durmamos en camas pequeñas para encoger ni nos coloquemos pesas en la cabeza para menguar. ¡Gracias a dios no necesitamos esos tormentos!

Sí necesitamos otra cosa. Con la alegría de que la tenemos asegurada y ¡gratis! “Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Al contrario, he trabajado más que ellos; bueno, no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Cor 15,10). “¡Desdichado de mí! ¿Quién me liberará de este cuerpo, que es portador de muerte? ¡Tendré que agradecerélo a Dios por medio de Jesucristo, nuestro Señor!” (Rom 7,24-25).

No es que la persona humana, por sí misma, no sea capaz de desarrollarse en el bien, no. Lo que sí es cierto es que “la talla de Cristo” no la podemos conseguir nosotros solos. No es cuestión de “puños” o de puro “voluntarismo”, como diría un psicólogo. Aquí necesitamos la gracia de Dios. Con la seguridad gratificante de que no nos faltará nunca. “Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo” (Mt. 28,20). Sin pasar por alto que esta es la frase final del evangelio de S. Mateo. Como si quisiera decirnos: el proyecto de Jesús, realizado por él y propuesto para vosotros en esta narración que ahora termino, podéis realizarlo porque él estará siempre con vosotros para que así lo hagáis.

La meta es alta y siempre está más allá, para que no nos sintamos orgullosamente satisfechos. Porque se trata de ser fieles a Cristo, siempre podemos avanzar y crecer en fidelidad. La gracia que nos acompaña en todo momento no es un empujón que nos dan desde fuera. No es ni siquiera un empujón de Dios. Es Dios mismo en persona que habita dentro de nosotros. no está de más recordarlo de nuevo: “al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones” (Rom 5,5). “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20). Se trata, por tanto, de abrirnos totalmente a la gracia de Dios, a Dios, y colaborar con Él. Sólo así seremos cristianos en crecimiento constante.

- El crecimiento cristiana tiene también otro aspecto importante ligado a su crecimiento en Cristo: la fidelidad a la Iglesia, que es la Iglesia de Cristo, nuestra familia, nuestra madre en la fe que nos ha transmitido a Cristo y nos ha llevado a él. Un signo de madurez cristiana es la aceptación consciente de la Iglesia, un amor a ella a imitación de Cristo que la “amó y se entregó a sí mismo por ella” (Ef 5,25).

Aceptación y amor que lleva a una pertenencia gozosa, agradecida, activa y sufriente “para consagrarla a Dios, purificándola” (Ef 5,26), siguiendo los pasos de Cristo para que vaya siendo esa “Iglesia esplendorosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida; una Iglesia santa e inmaculada” (Ef 5,27), tal como Cristo la diseñó.

- La pertenencia consciente y adulta la Iglesia supera el escándalo por sus fallos y Trata de hacerla más fiel a Cristo desde la fidelidad personal, de grupo, comunitaria. Supera el masoquismo de quien no sabe hacer otra cosa que criticarla, especialmente cuando la identifica obsesivamente con la jerarquía, ministerio pastoral, creyendo que sólo haciendo eso ayuda a purificarla. La madurez eclesial no cae en la autosuficiencia de que los no fieles a Cristo son siempre los otros. Tampoco es maduro eclesialmente quien adopta la actitud vergonzante de ocultar su condición de cristiano en medio de un ambiente claramente hostil o increyente.

Crecer en madurez eclesial, ese debe ser un objetivo del cristiano. Es decir: agradecimiento por la mediación maternal de la Iglesia en la fe personal en Cristo; gozo por pertenecer a un pueblo que celebra la salvación de Dios y tiene como misión vivir y anunciar el amor del Padre; sentirse corresponsable en ella; alegrarse con los hermanos que Dios le ha dado; comprometerse con ella y en ella en la transformación del mundo... Por ahí anda la fidelidad a la Iglesia. Así seremos, una vez más, cristianos en crecimiento constante.

Conclusión

“Doy gracias a nuestro Señor Jesucristo, que me ha fortalecido, porque me ha juzgado digno de confianza al encomendarme el ministerio. A mí, que primero fui blasfemo, perseguidor y violento, y que hallé misericordia, porque lo hacía por ignorancia estando fuera de la fe. Pero la gracia de nuestro Señor se ha desbordado con la fe y el amor que me ha dado Cristo Jesús...Precisamente por eso Dios me ha tratado con misericordia, y Jesucristo ha mostrado en mí, el primero, toda su generosidad, de modo que yo sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él para obtener la vida eterna” (1 Tim. 1,12-14.16).

Ante los sufrimientos, “yo no me avergüenzo, pues sé en quién he puesto mi confianza y estoy persuadido de que tiene poder para asegurar hasta el último día en encargo que me dio” (2 Tim 1,12).

“Yo ya estoy a punto de ser derramado en libación, y el momento de mi partida es inminente. He combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he guardado la fe. Sólo me queda recibir la corona de salvación, que aquel día me dará el Señor, juez justo, y no sólo a mí, sino también a todos los que esperan con amor su venida gloriosa” (2 Tim 4,6-8).

Camino de Pablo. Crecimiento de Pablo. Ahí debemos estar nosotros.

Año 2003

Agradecemos al autor el permiso para publicarlo